El mentidero de la Villa de Madrid

Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 805 Lunes 2 de Octubre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- **Carta abierta a Enrique de Aguinaga (que está en los cielos),** *Alfredo Amestoy*
- **No sé lo que me pasa,** *Enrique de Aguinaga*
- **¿Quién se ha reconciliado conmigo?**, *Enrique de Aguinaga*
- **José Antonio y Azaña,** *Enrique de Aguinaga*

Carta abierta a Enrique de Aguinaga

(que está en los cielos)

Alfredo Amestoy

Periodista, escritor, publicista, comunicador, presentador de televisión y animador social español

En el centenario de su nacimiento, hoy hace cien años, y después de su muerte, a los 99 años. Querido Enrique:

Eran las diez y media de la mañana cuando te llamé por teléfono. No pude hablar contigo porque quien me atendió me dijo que acababas de fallecer, «hacía media hora».

Habías muerto con 99 años. He esperado un año para, cuando hubieras cumplido cien años, hoy, ponerte estas líneas en *ABC*, que será uno de los pocos periódicos que os dejan leer a los bienaventurados.

Estabas muy bien preparado para el viaje. Habías ensayado lo de morir, me decías, más de 36.000 veces, los días que habías vivido ya, a lo largo de otras tantas noches. Me recordabas que dormir no era sólo aprender a morir, y que despertar todas las mañanas era «resucitar».

Supongo que tu muerte, como la muerte de Manolis, tu querida esposa y tú nos lo contabas siempre, fue dulce, y el viaje muy rápido, en un «santiamén» que es como en el cielo medís el tiempo; en «santiamenes». Y, como tú preveías, ese mismo día, al atardecer, con San Juan de la

Cruz como abogado, fuiste juzgado, «examinado en el amor». Me imagino que te dieron sobresaliente «cum laude» cuando supieron, por Manolis, que en muchos paseos de tu vejez, algunas veces en mi compañía, buscabas por Chamberí los árboles, más de un centenar, donde habías grabado corazones para que los viera tu mujer cuando iba desde su casa a la Escuela Oficial de Periodismo.

En esa Escuela fuiste profesor mío y de cientos de futuros periodistas. Luego, lo serías de millares de alumnos más, hasta que te jubilaste, en la Facultad de Ciencias de la Información. Te sobró tiempo para crear también el importante *Master de Periodismo de ABC*. Te fuiste al otro mundo siendo el periodista con el carnet Nº 1 de la Asociación de la Prensa de Madrid y el decano de los cronistas de la Villa y quizás de todos los cronistas municipales de España. Ahí, Enrique, habrás encontrado a la mayoría de los catorce alcaldes de Madrid que viste desfilar por el Ayuntamiento. Catorce alcaldes, el mismo número que los Primeros Ministros que la reina Isabel II vio pasar por Downing Street en setenta años de reinado. Ahí la tienes en el reino de los cielos desde el año pasado. Llegasteis allá el mismo año, tú cinco meses antes, y también la superabas en edad; eras tres años mayor que la reina más longeva de la Historia. Ya me dirás si en un cielo cristiano, pero católico, recibe ella trato de favor por haber sido la papisa de la iglesia anglicana. Teniendo como tienen ellos la Eucaristía, como los católicos, creo que los anglicanos serán bien vistos en la Gloria.

Supongo, Enrique, que ahí no te enterarás «de la Misa, la mitad» pero creo que como eras tan buen periodista, en este año que llevas en el cielo, habrás comprobado lo que escribió San Pablo en referencia al cielo: «Ni ojo vio ni oído oyó... lo que ha preparado Dios para los que le aman». Él lo sabía de buena tinta porque San Pablo no tenía que inventarlo como Jardiel Poncela que, en su famosa novela *La Tournée de Dios*, tuvo que imaginar cuando puso en boca de Dios fabulosas declaraciones que hizo el Señor en su gira por España. Por cierto, las más estrambóticas de estas declaraciones a los periodistas fueron sus palabras dedicadas al Diablo. *El demonio* es un caso de obcecación. Está completamente loco y yo ya le he dejado por imposible. Ahora diré por qué el Diablo y yo no hemos estado nunca de acuerdo. Él y yo tenemos un concepto distinto de la existencia. Para mí, la existencia está basada en el Dolor y su consecuente es el Placer. Para el diablo la existencia está basada en el Placer y... naturalmente! su consecuencia es el Dolor». Yo creo, Enrique, que Jardiel ha de estar ahí arriba. Me parece un acierto la tesis que atribuyó a Dios. Muy inspirado también –a lo mejor le inspiró a Jardiel el Espíritu Santo– cuando pone en boca de Dios en una entrevista con

un periodista esta afirmación: «En mi oración, en el Padrenuestro, que es sólo una oración de conformidad, decís en ella: "Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el cielo". ¡Eso no reza conmigo!». ¿Es verdad eso? Te pregunto, Enrique, ¿tú has advertido que, si no en la Tierra, se hace en el Cielo la voluntad de Dios?

A ti, Enrique, te caracterizó que te gustaba hacer lo que pensabas que era la voluntad de Dios. Por ejemplo, quisiste que los restos de tus dos hermanos, Alvaro y Vicente, uno combatiente en nuestra Guerra Civil, como alférez provisional de los nacionales, y el otro luchando con los republicanos, condenado primero a reclusión perpetua, fueran enterrados en el mismo nicho del cementerio de Ceares, de Gijón,y, reducidos, dentro de una misma caja, como símbolo de reconciliación nacional. ¡Tuviste de quién aprender! Te guiaba tu arquetipo joseantoniano... «No vale ser de derechas ni de izquierdas», decías. E hiciste tuyo, como yo también, el adagio: *«Vivere non interest, sed navigare»*. Navegar es más necesario que vivir, claro que sí. Allí lo tienes más difícil. En el cielo no hay aguas. Si hubiese, Dios nos resolvería las sequias. Y sin agua tampoco el Señor puede hacer milagros como el de Caná. O sea, Enrique, que en el cielo no hay vino. Ni almejas. Es lo que dijo Alvaro de Laiglesia. No importa. Las almejas te gustaban menos que los mejillones y beber, bebías muy poco, con gran moderación. Yo, si aprobara el examen, sin vino, no sé qué voy a hacer ahí...

Yo sabía que tú entrarías sin problemas en el Paraíso. Eras hombre de principios... y de finales. Y para Jaime Campmany eras un buen ejemplo. Escribió Jaime que Enrique de Aguinaga «era maestro de perfecciones técnicas –sí, con noventa y nueve años, eras un "informático" prodigioso– y un redactor de textos medidos y precisos, periodista de noticias exactas, de comentarios insobornables, de palabras preciosas, y de ecuaciones, literales... de segundo grado». Es verdad, despejabas muy bien las incógnitas y resolvías bien los dilemas... y los trilemas. Escribiste artículos memorables, como «No sé lo que me pasa», «La resurrección de los vivos», o «Vengo a devolver mi nombre». Decías que siempre habías andando como los gallegos, «viniendo y yendo». Yo también. Siempre «amestoyendo», subiendo y bajando. Tú, qué suerte, has sabido subir al Paraíso... Y eso que no te gustaba «subir». Un día me revelaste un secreto en la Plaza de Santo Domingo de Madrid. «Yo suelo aparcar el coche, cojo aquí el Metro y subo hasta la Glorieta de Cuatro Caminos. Para luego volver andando desde allí, y hacer casi seis kilómetros; pero muy cómodos, porque es de las pocas distancias en Madrid donde "todo es bajar"». O sea, descubrí que gracias a este paseo ibas a llegar a centenario .

Desde que hace veinte años celebramos tu proclamación como octogenario y a propósito de los festejos que organizamos cuando cumpliste los noventa, hablábamos de tu larga vida y de si existiría lo de la eternidad. No es que dudaras de los dogmas y de las promesas, porque seguías siendo creyente, y me insistías en que sí, que creías en el «Misterio». ¿Has desvelado ya ese «misterio»?

Es curioso que Dante, en su *Divina Comedia*, se hace cruces en el Paraíso y escribe: «Las profundas cosas que aquí me hacen el don de la evidencia, allí abajo se ven tan misteriosas que reducen su ser a la creencia». A ti, Enrique, ¿te ha ocurrido lo mismo?

Hablando de evidencias, es evidente que aún no has visto a Dios. Sospecho, mejor, creo, que Dios, para vosotros los bienaventurados estará dentro de vosotros y vosotros dentro de Él. No te rías de mí; que yo alucino como alucinabas tú. No olvides que fuiste mi profesor de periodismo, luego perdona

mi curiosidad. El Padre es invisible; imagino que el Espíritu Santo lo es igualmente; pero... ¿y el Hijo? ¿No has visto tampoco a Jesucristo? ¿No será que estás en el Purgatorio?... Espero que le verás algún día. Y qué pasa con la Virgen. Porque la Virgen ha estado varias veces en la Tierra y se ha aparecido a mucha gente. A Zaragoza, sin ir más lejos, bajó «en carne mortal». Y en Fátima le vieron tres pastorcitos.

Si no es así habrá que celebrar un argumento que nos da el Dante en *La Divina Comedia*: «Mucho es lícito allí, en la Tierra, que prohibido está aquí, en el Paraíso, porque aquel lugar, la Tierra, ya fuera para la especie humana concebido».

No estoy de acuerdo. Tú, Enrique, estás en la Gloria. La Tierra es un infierno: guerras, hambres, pandemias, inundaciones, volcanes, terremotos... Conflictos políticos, una torre de Babel... Así está la Tierra. ¿España? Bueno esto es otro planeta. Y no es el Cielo, ni el Infierno, ni siquiera el Purgatorio. Esto es aquello que hubo y que decían que había dejado de existir: España es el Limbo, pero el Limbo de los niños. Algo así como Babia. Sí, Enrique, estamos... en Babia.

Posdata: Si quieres contestar a esta carta plagada de preguntas, no será fácil porque, ya sé, en el Cielo no hay correo, ni postal ni electrónico, pero seguro que el arcángel Gabriel, ministro de comunicaciones de Dios, puede hacer algo. Él se pone en contacto con todo el mundo... divinamente.

* * *

Artículos de Enrique de Aguinaga

Tomados de la revista *Altar Mayor*: núm. 63, *No sé qué me pasa* (Noviembre/Diciembre 1999); 86, *¿Quién se ha reconciliado conmigo?* (Mayo/Junio 2003); y 108, *José Antonio y Azaña* (Julio/Agosto 2006), editada por la Hermandad del Valle de los Caídos, a la que pertenecía

No sé lo que me pasa

Alguna vez lo he dicho. Alguna vez lo hemos dicho. Con indolencia o con desesperación, dominados por la situación, como justificación, gobernados por lo que no podemos gobernar: «No sé lo que me pasa».

Es una interrupción en el dominio de la normalidad o de la costumbre, por la aparición de factores misteriosos que introducen lo imprevisto y nos soliviantan: «Hoy me he levantado raro». «No he podido dormir». «No sé lo que me pasa».

Cuando digo «No sé lo que me pasa», me pasa algo que nunca me había pasado, algo que no sé reconocer como acontecimiento propio y cuya reiteración añade desconcierto: «Últimamente, no sé lo que pasa».

Cuando no sé lo que me pasa, tengo la vaga impresión de que es a otro al que le pasa eso que no sé. Pero, claro está, desde mí mismo; es decir, haciéndome ajeno a mí mismo, de modo que, cuando no sé qué me pasa, me enajeno.

Estoy, por tanto, entrando en el terreno movedizo y vertiginoso de la identidad crítica. ¿Quién soy yo? o ¿Qué soy yo? Estoy volviendo a oraciones anteriores, ya escritas con mi firma: «La resurrección de los vivos» y «Vengo a devolver mi nombre».

Si se acepta la licencia, estoy en fase presocrática. No es que sólo sepa que no sé nada. Es que sólo sé que no sé lo que soy. Es que no sé lo que me pasa. No es que sepa ignorar (la docta ignorancia de Nicolás de Cusa). Es que me ignoro a mí mismo.

Dice un periódico. «Ya está Alfredo Kraus con su esposa». ¿Sabrá Alfredo lo que le pasa? Más allá de la retórica y más allá de todo: ¿Habrá trascendido o no habrá trascendido? ¿Ha trascendido siendo el mismo Alfredo o ya ha devuelto el nombre que le dieron?

Vuelvo a empezar y voy por orden. No sé lo que me pasa. Es decir: primero, algo me pasa, algo me pasa a mí y no a otro. Pero, segundo, yo no sé qué es eso que me pasa y, por lo tanto, empiezo por la ignorancia de mí mismo.

No diré que esta sea una situación confusa. Por el contrario, digo que es una situación aclaratoria. Aclaratoria, en primer lugar, de todos nuestros litigios

inmediatos, de todas nuestras ansiedades. «No os apuréis por vuestra vida» se lee en *Mateo* (6.25).

Viéndonos desde fuera, todo se empequeñece, como se empequeñece la Tierra vista por el astronauta, esa esfera lejana donde mi querella particular y ansiosa es un punto, dentro de otro punto, dentro de otro punto y así sucesivamente.

Después o al mismo tiempo, viéndonos desde fuera, aclaramos el misterio. Lo aclaramos por la vía de la aceptación, en cualquiera de sus metáforas. La aceptación del misterio es, así lo siento, el gran resultado de nuestra ignorancia intrínseca.

Ahora mismo, miro al mar, metáfora de lo inmenso, metáfora de lo eterno, que, naturalmente, no caben en mi comprensión. Si reducimos el agnosticismo a considerar que la noción de Dios, de lo absoluto e infinito, es inaccesible al entendimiento, al pie de la letra, todos somos agnósticos, en cuanto que literalmente agnóstico es «el que no sabe».

No se puede comprender lo eterno desde lo temporal ni lo infinito desde lo caduco ni lo absoluto desde lo relativo. La lubina que nada en su elemento, según el ejemplo de Flammarion, no puede tener noción alguna de la Quinta Sinfonía de Bethoven.

Otra cosa es vivir el misterio. Ese yo ¿mío? que no sabe lo que le pasa, acepta y vive el misterio o, al menos, trata de aceptar y vivir el misterio en su cultura, en el cristianismo o en la cristianía, como gusta decir Raimon Panikkar.

Supongo que a nadie se le ocurrirá pedirme una receta en la que, a modo de fórmula magistral, se mezclen la inaccesibilidad de la noción de Dios a mi entendimiento, la aceptación del misterio de la accesibilidad de Dios a mi vida y la reducción de la ciencia a lo fenomenológico y relativo.

De un maestro, seductor, como todos los maestros verdaderos, aprendí una muletilla que me ha sido muy útil para pensar, sobre todo, cuando no sé qué me pasa: «Sólo un demente puede negar contenido extralógico al acontecer fenoménico».

Me ayuda en la invocación a la fe y a la providencia, como componentes del misterio. Me debería ayudar a componer el rompecabezas que encaje el dolor, la injusticia, el mal, la desgracia, la violencia y a mí mismo en el marco de una armonía universal.

Los ancianos (supongo que se ha notado la ancianidad desde los primeros párrafos) tenemos el recurso de la búsqueda de la memoria perdida, el regreso a los orígenes, la exploración de las fuentes del Nilo. Es nuestra aventura próxima y posible.

Estoy recuperando mis primeros libros: *El camarada*, *Los sueños de Tribilin*, *El foco eléctrico* o *Nociones de Álgebra y Trigonometría* de Rey Pastor y Puig Adam, con un autógrafo pueril: «Virgen Santa, Virgen Pura, haced que apruebe esta asignatura. San José, haced que me toque la que me sé».

En el examen vespertino de San Juan de la Cruz (*Dichos de luz y amor*), me ha tocado, evidentemente, la que no me sé. Pero, vamos a ver, oigo: «Cuando usted no sabe qué le pasa, ¿qué le pasa, qué siente?». La primera respuesta es que siento un gran vértigo, un hondo fracaso.

Físicamente es una mezcla de claustrofobia, nocturnidad (Anulación de lo peor de Jorge Guillen), depresión (hundimiento). Braceo desesperadamente, abro las ventanas, busco el ruido, para salir a la superficie, a la normalidad diurna. ¿Lo llamaremos vértigo de eternidad?

El fracaso mío, fracaso fundamental (¿quién soy yo para fracasar o no fracasar?), no es el reverso del éxito, como se suele entender pobremente. De eso ya me han curado Jaspers, Sartre, Lacroix, Ortega y yo mismo. Lo dice Saramago: «El éxito a toda costa nos hace peor que animales».

En la noche oscura hay vías de salvación y primeros auxilios. Bajo el arco de la providencia (*omnia in bonum*), he acuñado un lema familiar: «Mi descendencia, mi trascendencia». Por lo pronto, poco o mucho, transciendo en otros.

Se trata de una generación de mi pensamiento, de mi cerebro, que, para el neurólogo Portera, «es no sólo la parte más importante del cuerpo sino que es la estructura más importante del Universo», aunque, al decir de Laín Entralgo, nunca resolverá el enigma de la condición humana.

Enrique Tierno, declaradamente agnóstico, meses antes de su muerte, me escribe, en carta que naturalmente guardo: «Lo eterno, de un modo u otro, se manifiesta de continuo en lo grande y en lo pequeño y los hombres no han podido dejar de preguntarse por la idea básica del fundamento, ¿qué es el fundamento?».

Otra vez, por causalidad (no por mera coincidencia), me vienen todos estos pensamientos en una situación semejante, a la par que cierro las maletas del fin del verano («vestido y con equipaje») frente al mar, que hoy, nublado, es una inacabable ceniza, por supuesto, enamorada.

* * *

¿Quién se ha reconciliado conmigo?

Primero, el verbo. El verbo reconciliar significa el acto de volver a conciliar lo que estuvo conciliado y, por cualquier causa, dejo de estarlo. Es decir, que la reconciliación exige una previa conciliación. No cabe reconciliar lo que nunca estuvo conciliado. En este último supuesto, se trataría, no de reconciliar, sino de conciliar, según prescribe la Academia: componer y ajustar los ánimos de quienes estaban opuestos entre sí.

¿Por ventura, los ánimos de quienes se opusieron en la guerra civil (para unos Cruzada; para otros sublevación facciosa) estuvieron alguna vez conciliados, antes que se desatasen en las intentonas de 1930 (sublevación de Jaca), 1932 (*sanjurjada*) y 1934 (revolución de octubre), previas al estallido de 1936, en el que (todo hay que decirlo, aunque sea una obviedad) el que suscribe no ha tenido arte y ni parte?

La guerra civil ya estaba en Fernando de Castro, que, en 1866, avisa a la Real Academia de la Historia que *España «verá ensangrentarse sus ciudades y sus campos en una guerra civil, religiosa*...»[1]. O en Luis Araquistaín, que, en 1915, proponía «*exteriorizar la guerra civil que palpita en las entrañas del pueblo español*»[2]. O en Francisco Largo Caballero, que, en 1933, en medio de la República, proclama que «*estamos en plena guerra civil, que inexorablemente tomará caracteres cruentos*»[3]. O en José María Gil Robles, que la considera *absolutamente inevitable*»[4]. O en Juan Ignacio Luca de Tena, que no sólo la considera *inevitable*, sino también «*trágicamente necesaria para salvar a nuestra Patria del caos*»[5].

Se trata, pues, de conciliar o reconciliar, si se quiere, las dos partes que finalmente se enfrentaron abruptamente en guerra abierta y feroz. No se trata, ahora de reconciliar los dos términos de la dicotomía revolucionaria de Largo Caballero (*burgueses* y *proletarios*) porque la evolución histórica y, con ella, la instalación de una clase media que no existía, la han superado.

---

1 CACHO VIU, VICENTE, en *La Institución Libre de Enseñanza*, Rialp, recoge el discurso de ingreso de Fernando de Castro en la Real Academia de la Historia (9 de enero de 1866). Castro, que sería Rector de la Universidad Central en 1868, termina así su discurso: «O España se levanta unida, reanudando su Historia con la del siglo XVI, para ser nuevamente el campeón del catolicismo... o, por falta del fin histórico más principal de su vida, verá ensangrentarse sus ciudades y sus campos en una guerra civil, religiosa, agitada por los sacudimientos en el interior, por las oleadas en el exterior y por lo eventual y desconocido que guarda lo porvenir acerca de nuestras provincias de Ultramar. Sólo Dios sabe, si tal llega a suceder, cuáles serían los futuros destinos de esta magnánima Nación».

2 ARAQUISTAÍN, LUIS, en *España* (revista), Madrid, 25 de julio de 1915.

3 *El Socialista* (diario), «Un magnífico discurso de Caballero. No debemos cejar hasta que en las torres y edificios oficiales ondee la bandera roja de la revolución», Madrid, 9 de noviembre de 1933.

4 CARLES CLEMENTE, JOSEPH: *Diálogos en torno a la guerra de España*, EASA, Madrid, 1978, p. 54.

5 LUCA DE TENA, JUAN IGNACIO: «Al margen de una replica», en *ABC* (diario), Madrid, abril de 1968.

Se trata de reconciliar a los vencedores y a los vencidos de aquella guerra, no tanto en sí mismos, progresivamente reducidos por la inexorabilidad del tiempo, como en los que de algún modo mantienen el enfrentamiento, por trasmisión de una y otra parte, en forma de franquismo y antifranquismo. Por lo pronto, mis hermanos mayores, Álvaro y Vicente, alférez provisional y capitán de milicias, vencedor y vencido, ya están reconciliados para siempre, en el mismo nicho del cementerio de Ceares, en Gijón.

Frente a la sociedad adulta, visceral, damnificada e irreductible, de la posguerra, es el Frente de Juventudes la primera plataforma de reconciliación en un movimiento que merece más estudio, que evidentemente se inspira en la invocación testamentaria de José Antonio Primo de Rivera («*Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles*») y que está presente en la dedicatoria de *Diccionario para un macuto* (Rafael García Serrano, 1964): «*A Francisco Franco, el general de mi juventud. Y a todos los que entonces quisieron una España nueva, la quisieran como la quisieran y desde donde la quisieran».*

Tras el indulto general, a los veinticinco años de paz (marzo de 1964), tales disposiciones progresan, primero, en la amnistía del gobierno de UCD (1977) y, después, en la declaración del gobierno socialista, en el cincuentenario de la guerra (1986), que con cautela elegante elude las causas y, en cuanto a las consecuencias, dice, sin calificación ni condena, «*que desembocó en una dictadura que rigió la vida del país por espacio de casi cuatro décadas*».

La declaración de 1986 honra la memoria de cuantos con su esfuerzo y con su vida contribuyeron a la defensa de la libertad y de la democracia y, «*asimismo, recuerda, con respeto, a quienes desde posiciones distintas a las de la España democrática, lucharon por una sociedad diferente a la que también muchos sacrificaron su propia existencia*». El Gobierno socialista considera que «*la guerra civil española es definitivamente historia* y desea que el L aniversario *selle definitivamente la reconciliación de los españoles*»[6].

Se propone así la reconciliación, como una superación de la recurrente dialéctica franquismo-antifranquismo, con testimonios por ambas partes:

> *El franquismo está muerto y bien muerto. Ahora hay que acabar también con el antifranquismo. No tiene ya ningún sentido* (Joaquín Leguina, 1986)[7].

[6] Declaración del Gobierno, 18 de julio de 1986.
7 RIGALT, CARMEN: «El Presidente de Madrid», en *Diario 16*, Madrid, 13 de abril de 1986.

Ser hoy franquista es un anacronismo, pero ser antifranquista hoy es una tontería. Mientras perdure la dialéctica franquismo-antifranquismo, España seguirá viviendo una etapa de transitoriedad insegura (Antonio Castro Villacañas, 1986)[8].

Y una solemne exhortación del Rey (1979):

Abandonemos la obsesión del pasado próximo para atribuirle todos los males o todos los bienes; el complejo de haberlo vivido en la colaboración o en la disparidad; la crítica de lo que ya está superado o el afán de resucitarlo; el deseo de revancha destructiva o la conservación a ultranza de lo que no es sustancial ni oportuno; y pensemos, unidos, en construir el mejor de los futuros[9].

Sobre esta base, la exaltación o la condena asimétricas de la subversión socialista de 1934 o del levantamiento militar de 1936 (Pío Moa)[10], del genocidio de Paracuellos o de la represión de los vencedores (Casas de la Vega)[11], de las Brigadas Internacionales o de la División Azul (Gironella)[12], del exilio de Sánchez Albornoz o el de Ortega y Gasset (Luna Gijón)[13], de las Casas del Pueblo incautadas o de los templos arrasados (Cesar Vidal)[14], de la excavación de las cunetas o de los miles de sacerdotes y religiosos inmolados (Gabriel Jackson)[15] no son, por supuesto, factores de reconciliación nacional. Condenar al adversario es exactamente lo contrario de reconciliar.

El acuerdo de los grupos parlamentario en la Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados (20 de noviembre de 2002), en sintonía con la declaración del gobierno de 1986, tiene una parte clara y positiva por la que se mantienen el espíritu de reconciliación nacional y se manifiesta «*el reconocimiento moral a todas las víctimas de la guerra civil*», sin distinción ni condenación alguna.

Y tiene otra parte condenatoria referida directamente a «*la represión de la dictadura franquista*» e interpretativamente a «*la utilización de la violencia con la finalidad de establecer regímenes totalitarios*». Pero de ello no se deduce

8 BOSCAN, DIEGO: «El post-franquismo», en *El Alcázar* (diario), Madrid, 11 de noviembre de 1986.
9 JUAN CARLOS I: Mensaje de Navidad, 24 de diciembre de 1979. Véase también el discurso en la Academia General Militar de Zaragoza, 28 de febrero de 1981.
10 MOA, PÍO: *Los orígenes de la guerra civil española*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1999.
11 CASAS DE LA VEGA, RAFAEL: *El terror: Madrid 1936*, Fénix, Madrid, 1994.
12 GIRONELLA, JOSÉ MARÍA: «Las brigadas internacionales», en *ABC* (diario), Madrid, 19 de noviembre de 1996.
13 LUNA GIJÓN, RAFAEL: «Reconciliación sui generis», en *Altar Mayor* (revista), nº 83, Madrid, noviembre de 2002, p. 965.
14 VIDAL, CÉSAR: «Memoria histórica», en *El Mundo* (diario), Madrid, 20 de noviembre de 2002.
15 JACKSON, GABRIEL: «De la represión franquista y de la verdad», en *El País* (diario), Madrid, 23 de noviembre de 2002.

llanamente la condenación global del franquismo, no sólo porque, en la tesis de Solzjenitsyn[16], Pío Moa[17] y tantos otros, no se clasifica como régimen totalitario (sí lo era *la dictadura del proletariado* de la violencia de 1934), sino, sobre todo, porque el llamado franquismo es la premisa de *nuestra sociedad democrática*, que, de otro modo, debería haberse retrotraído a la situación interrumpida por la guerra, y que no se ha retrotraído «*porque no se interrumpió un idilio democrático»* (Delgado-Gal)[18] o porque «*fue el comienzo de una lucha entre el Occidente y el Comunismo»* (Calvo Serer)[19].

La guerra es la gran interrupción. Por eso, en cuanto a los ejércitos contendientes, es curioso que Franco ganase la guerra con la organización del Ejército republicano, resultante de las reformas de Azaña, mientras que la República lo suprime y lo sustituye por el llamado *Ejército popular*, creado el 16 de octubre de 1936 (Fernández Vargas)[20].

El preámbulo del acuerdo de 20 de noviembre diluye el alzamiento de 1936 en el *endémico* enfrentamiento civil de la sociedad española y afirma que «*nada queda de él porque consciente y deliberadamente, se quiso pasar página para no revivir viejos rencores, resucitar odios o alentar deseos de revancha»*; para no caer, dicho vulgarmente, en la clásica *vuelta de tortilla*.

«La reconciliación no puede consistir simplemente en invertir la versión de los vencedores» (Sánchez Cámara)[21]*. «La reconciliación entre las dos Españas no puede consistir en quitar la razón a la victoriosa para dársela a la derrotada, ya que en una guerra civil no hay vencedores ni vencidos»* (Seco Serrano)[22].

A quienes se sorprendan de la vigencia del franquismo como premisa, les recuerdo la dolorida perplejidad de Julián Marías: «*Me preocupa indeciblemente que, a los sesenta años del final de la guerra civil, se siga mintiendo sobre ella, sus orígenes o sus consecuencias».* Y les invito a revisar tres tópicos de la situación, para restablecer las realidades postergadas:

---

[16] *Arriba* (diario), «Solzjenitsyn a los españoles», declaraciones de Alexander Solzjenitsyn en Televisión Española, Madrid, 21 de marzo de 1976.
[17] MOA, Pío: *Franquismo y democracia.*
[18] DELGADO-GAL, Álvaro: «La segunda muerte de Franco», en *ABC* (diario), Madrid, 24 de noviembre de 2002.
[19] CALVO SERER, Rafael: «La literatura universal sobre la guerra de España», en *La estafeta literaria*, nº 240, Madrid, 1 de mayo de 1962.
[20] FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina: *Memorias no vividas*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 16.
[21] SÁNCHEZ CÁMARA, Ignacio: «Reconciliación y memoria histórica», en *ABC* (diario), Madrid, 15 de noviembre de 1999.
[22] SECO SERRANO, Carlos: «Tampoco es eso...», en *ABC* (diario), Madrid, 7 de julio de 2002.

1. Que «*la democracia actual procede del franquismo y no de la oposición antifranquista*» (Pio Moa), porque «*al régimen actual no le dio el ser ninguna guerra, sino el régimen anterior cuyas instituciones se abrieron para dar cabida en ellas a los excluidos hasta entonces*» (Aquilino Duque), porque ni el Rey ni Fernández Miranda ni Suárez se pueden clasificar en el *exilio interior*.

2. Que la *transición*, en lugar de la pretendida *ruptura*, supone una idea de continuidad y de herencia, representadas en quien por tres veces asumió la Jefatura del Estado (julio de 1974 y octubre de 1975, interinamente, y noviembre de 1975, definitivamente); continuidad y herencia proclamadas por el presidente Suárez en su exhortación en pro de la Ley para la reforma Política (referéndum de 15 de diciembre de 1976), que significó partidos políticos, Constitución y, en suma, sistema democrático: «*No significa en absoluto que ignoremos nuestro inmediato pasado. Significa que lo asumimos, pero que lo asumimos con responsabilidad. Significa que recogemos la herencia, pero la recogemos con la exigencia de perfeccionarla y acomodarla a las demandas actuales de la gran familia nacional [...] Tenemos derecho moral y legal a pedir el sí, porque el cambio se efectúa desde la legalidad, por los ««procedimientos previstos en la Constitución*» [Leyes Fundamentales].

3. Que es falso el enfrentamiento entre *dictadura* y *monarquía constitucional*, en cuanto que son sobreabundantes la pruebas de que la dictadura no tenía voluntad de perduración y el propio dictador anuncia al presidente Nixon (1970) el reinado de Juan Carlos I y el establecimiento de la democracia (*la que ustedes quieren*), según el testimonio de Vernon Walters[23], cuidadosamente ocultado por la censura invisible.

LA VANGUARDIA
ESPAÑOLA
BARCELONA - 1
10 pts.

En este marco, el antifranquismo ha ejecutado la freudiana «*muerte del padre*» (Esparza)[24], ha creado *el gran chivo expiatorio* y ha decretado la doctrina del *mal absoluto*, lo que sí, en cualquier caso, es una irracionalidad, lo es más para un régimen que, objetivamente, nos ha legado, en lo económico, la industrialización; en lo social, la clase media; y, en lo político, el Rey; al tiempo que, hipotéticamente, nos ha salvado del comunismo[25], al menos en la apreciación del doctor Marañón, que establece en el comunismo y el anticomunismo «*los auténticos polos de la lucha*»[26].

---

[23] HERNÁNDEZ, PABLO: «Vernon Walters repasa en la UIMP medio siglo de mandatarios norteamericanos», en *ABC* (diario), Madrid, 15 de agosto de 2000.
[24] ESPARZA, JOSÉ JAVIER: «Franco. Una interpretación metapolítica», en *Razón Española* (revista), nº 95, Madrid, mayo de 1999.
[25] MURILLO RUBIERA, FERNANDO: «Una documentación inédita sobre la Guerra Civil española», en *Razón Española* (revista) nº 117, Madrid, enero-febrero, 2003, pp. 54 y 68.
[26] MARAÑON, GREGORIO: *Liberalismo y comunismo*, OPYRE, Buenos Aires, 1938, p. 9. CIERVA, RICARDO DE LA: *Media Nación no se resigna a morir*, Fénix, Madrid, 2002, p. 924.

Particularmente, Santiago Álvarez (1913-2002), el prohombre comunista, y yo, joseantoniano de filas, nos reconciliamos con la amnistía para periodistas (1976) y quedamos reconciliados, amigos y *comensales simpáticos*. Pero me pregunto ¿quién más se ha reconciliado conmigo? No refiero, ahora, la pregunta a ninguno de los seis firmantes del acuerdo de 20 de noviembre, en la seguridad de que nunca he tratado de imponer nada por la violencia ni he participado en represión alguna, sino, más bien, todo lo contrario.

Pienso, sí, en el derecho a la libertad de expresión como forma de reconciliación y más concretamente en el normal estudio y presentación del ser histórico de José Antonio Primo de Rivera (el gran adalid de la síntesis), cuyo centenario se conmemora en este año 2003, acosado por todo género de proscripciones asimétricas[27]. Pienso en que se pueda cantar *Cara al Sol* con la normalidad que se canta *La Internacional*.

Pienso en el auto de fe de las inencontrables *Obras Completas de José Antonio*. Pienso en el rector que prohíbe un ciclo de conferencias organizado por los estudiantes. Pienso en el concejal que pide mi *excomunión*, por joseantoniano. Pienso en el Departamento universitario que boicotea una tesis doctoral sobre *José Antonio, la derecha y el fascismo*. Pienso en los directores que vetan inicuamente la réplica a los agravios. Pienso en las manos negras que han machacado las propuestas de cursos de verano. Pienso en los tabúes, ninguneos, y tantas otras formas sibilinas de censura invisible y, en definitiva, de condena y persecución.

Pienso (¿ilusoriamente?) en la reconciliación que, veinticinco años después, anima la nueva propuesta de Adolfo Suárez (2002): «*Hay que llevar a la calle los valores de nuestra Constitución». Hay que hacer de ellos nuestros hábitos normales de convivencia*[28].

* * *

José Antonio y Azaña

El entones presidente del Ateneo, el doctor García Partida, me mostró una fotografía, tomada en el propio Ateneo, en la que aparece Paul Preston entre dos cuadros, los de José Antonio Primo de Rivera y Manuel Azaña, descolgados de la galería de retratos de ateneístas históricos.

«Te va a interesar, te va a sorprender», me había anunciado con un guiño, para intrigarme. Algo me intrigan la iniciativa y la intención del juego fotográfico: el autor de *Franco, Caudillo de España*, en actitud irónica, sosteniendo a uno y otro lado, como medallones de pintura antigua, las efigies del fundador de la Falange y del segundo presidente de la II República Española.

Me interesó, por supuesto. Y me sorprendió la telepatía, porque me lo dijo teniendo yo en la cartera una conferencia que, pocos minutos después, en el salón de actos del Ateneo, recordaría un discurso de Cánovas del Castillo en

[27] LUNA GIJÓN, RAFAEL: *o.c.*
[28] SUÁREZ, ADOLFO: «Premio Grupo Correo Prensa Española a los Valores Humanos 2001», en *ABC* (diario), Madrid, 12 de abril de 2002.

el mismo Ateneo: el discurso «Concepto de nación» (1882) con el que Cánovas contestaba a Ernesto Renan y prefiguraba la idea de España como unidad de destino en lo universal.

No me sorprendió el buscado contraste de los dos retratos, porque en la composición fotográfica flota una concordancia que sí puede sorprender a quienes, sometidos a la simplificación de la inmediata Historia de España, no se hayan parado a conocer la relación política de José Antonio y Azaña.

Les unía, por lo pronto, una razón de estilo, que José Antonio explica al analizar el lenguaje de Azaña en el discurso del campo de Comillas (1935) y que él mismo practica cuando escribe al estudiante que se queja de que *FE* (primer semanario de la Falange) no es duro:

No te tuvo Dios de su mano, camarada, cuando escribiste: «Si *FE* sigue en ese tono literario e intelectual no valdrá la pena de arriesgar la vida por venderlo». Entonces tú, que ahora formas tu espíritu en la Universidad bajo el sueño de una España mejor, ¿por qué arriesgarías con gusto la vida? ¿Por un libelo en que se llamara a Azaña invertido y ladrones a los ex ministros socialistas?

Sendos capítulos, en el libro de Muñoz Alonso (1969) y en la tesis doctoral de González Navarro (1994) documentan la relación de José Antonio y Azaña, a la vista de los reiterados escritos en que José Antonio, por vía de homenaje, hace la propuesta para que Azaña se pusiera al frente de la revolución española, «la inaplazable y necesaria revolución española».

Lo que José Antonio reprocha a Azaña es la frustración de aquella esperanza, la dilapidación de las dos coyunturas en que Azaña, «el hombre de la República», tuvo en sus manos «la ocasión cesárea de realizar el destino revolucionario», para acabar convirtiéndose en un trasunto de Kerensky.

> Si las condiciones de Azaña, que tantas veces antes de ahora hemos calificado de excepcionales, saben dibujar así las características de su Gobierno (ofrecido al destino total de España, no al rencor de ninguna bandería), quizá le aguarde un puesto envidiable en la historia de nuestros días [...] España ya no puede eludir el cumplimiento de su revolución nacional. ¿La hará Azaña? ¡Ah, si la hiciera!

Los párrafos anteriores son de José Antonio y están publicados en febrero de 1936. Ximénez de Sandoval[29], al comentar el escrito, refiere el revuelo que armó en «el cotarro derechista, que lo calificó de adulación, de traición, de ofrecimiento de la Falange a Azaña». Emiliano Aguado lo explica en su libro

[29] XIMENEZ DE SANDOVAL, FELIPE: *José Antonio. Biografía*, II edición. Gráficas Lazareno-Echaniz, Madrid, 1949, p. 827-828

Don Manuel Azaña Díaz (1972): «Muchas esperanzas puso en él José Antonio Primo de Rivera, desengañado de las derechas y convencido de que era Azaña el único hombre capaz de llevar a cabo una revolución con sentido nacional».

Juan Velarde tiene el testimonio de Manuel Aznar, que fue director de *El Sol* y que le reveló cómo, tras las elecciones de 1936, se publicaron en aquel diario unos editoriales debidos a José Antonio, editoriales que eran un mensaje a Azaña, el último mensaje que le pudo enviar con las esperanzas que, en seguida, quedarían frustradas para siempre.

«Emociona leer el crédito de confianza que José Antonio abre de nuevo a Azaña en febrero y marzo de 1936, después de la torturante experiencia azañista del bienio 1931-1933», escribe Adolfo Muñoz Alonso en *Un pensador para un pueblo*.

Alejandro Salazar, Jefe Nacional del SEU y miembro de la Junta Política de la Falange, anota en su *Diario* la reunión del 20 de febrero de 1936: «José Antonio está desconocido. Nos ha expuesto su fe ciega en Azaña. Cree que ha de conseguir realizar una labor de revolución nacional. Prefiero desde luego el Gabinete de Azaña al anterior, pues al menos en éste hay vena grande y viva, no apocamiento y tibieza...».

Pronto llega la catástrofe, «gloriosa y terrible», en la calificación del profesor Suárez. José Antonio es encarcelado y condenado a muerte, antes de la ceremonia del juicio. Azaña recuerda en *Cuaderno de la Pobleta* (17 de junio de 1937) cómo le había contado a Ángel Ossorio su «intervención personal para librar a José Antonio Primo de Rivera del asesinato que iban a perpetrar algunos fanáticos de Alicante».

Del infructuoso desvelo de Azaña por salvar a José Antonio hay un indicio confirmado por el doctor Francisco Vega Díaz (Sevilla, 1907-Madrid, 1995), que, según sus propias palabras, no quiso «llevarse al otro mundo» el secreto guardado escrupulosamente durante cincuenta y cinco años: el mensaje que, en noviembre de 1936, entregó personalmente a José Antonio en la cárcel de Alicante.

Con precisiones minuciosas, el doctor Vega relata en *Ultimidades* cómo, envuelto en extremadas precauciones y complicadas instrucciones, Amós Salvador, «antiguo y gran amigo de Azaña», le encomendó «un sobre privadísimo», sin señas, que habría de entregar en mano a una persona hasta la que llegaría siguiendo una misteriosa cadena de enlaces prevenidos.

Finalmente, a solas con él, en una dependencia de la cárcel de Alicante, el doctor Vega reconoció al destinatario del mensaje: José Antonio Primo de Ri-

vera. Como saludo, en un diálogo escueto, uno y otro recordaron sus encuentros distantes del Café Lion, en las tertulias de «La Ballena Alegre». Enseguida le entregó el sobre.

José Antonio abrió el sobre y extrajo un papel manuscrito. Lo leyó y releyó. Sólo hizo un comentario: «No podía esperar menos de él. Lo agradezco con toda el alma». Luego añadió: «Cumplo con el compromiso, aunque me gustaría conservar este papel». El propio José Antonio sacó de su bolsillo una caja de cerillas, encendió una y quemó papel y sobre en un cenicero. El doctor Vega deshizo la ceniza con los dedos. Antes de ser reintegrado a su celda, José Antonio se despidió del mensajero con un apretón de manos y con estas palabras: «¿Volveremos a vernos en "La Ballena Alegre"? Pienso que no...».

Después, con la misma acumulación de precisiones, Vega relata cómo dio cuenta del cumplimiento de su misión, cómo quedó comprometido a no comentarla y cómo, años después, asistiendo de un gran infarto de miocardio a Amós Salvador, que falleció en 1963, éste le reveló que el mensaje entregado a José Antonio provenía de Azaña.

Al cabo de sesenta y seis años, sobre el estilo científico del relato de Vega, sobre las muchas preguntas que en él se hace, sobre las posteriores indagaciones que añade, sigue latiendo la huella patética de su encuentro con un condenado a muerte, al que le hizo llegar, desde la impotencia, quizá, la contestación a su mensaje de *El Sol* y, en cualquier caso, la palabra confortadora de otro prisionero: el Presidente de la República.

Nota

La princesa Bibesco –hija del ex Primer Ministro inglés Asquith y esposa del antiguo Ministro de Rumanía en Madrid–, gran amiga y admiradora de José Antonio, interesada por el Jefe de la Falange, habló personalmente por teléfono desde Londres con Manuel Azaña, con quién también tenía amistad, según relata éste en sus Memorias famosas. Azaña, desde Barcelona, respondió a la Princesa que sentía mucho la situación de José Antonio Primo de Rivera, por quién no podía interceder, «pues él era también un prisionero».

* * *